



S. MARCELO, P. Y. M.

sario. Da principio con la resolucion de evitar quanto puedas los concursos grandes ; mortifica tu curiosidad en punto de novedades , y de querer saber lo que pasa en el lugar. Esta corta mortificacion no es de poca consecuencia para lograr el recogimiento.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN MARCELO, PAPA Y MÁRTIR.

San Marcelo, papa y mártir, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, nació en Roma hácia la mitad del tercer siglo. Como ya florecia en aquella ciudad la religion cristiana, á pesar de las persecuciones horribles de los emperadores paganos, tuvo Marcelo la felicidad de ser criado y educado en el seno de la santa Iglesia. Abrazó el estado eclesiástico; y san Marcelino, que ocupaba entonces la silla de san Pedro, conociendo su extraordinario mérito y su eminente virtud, le hizo presbitero de la iglesia de Roma.

Por este tiempo, habiendo sido creados emperadores Diocleciano y Maximiano, movieron aquella cruel persecucion contra los cristianos, que fué la novena desde el imperio de Nerón, la que hizo derramar tanta sangre de mártires, y llenó de luto á toda la Iglesia. Habiendo sido coronado del martirio san Marcelino el año de 304, vacó la silla de san Pedro cerca de tres años. El furor de la persecucion no dejaba libertad á los cristianos para juntarse, y para proceder á la eleccion del nuevo papa; pero habiéndose mitigado un poco por la renuncia que hicieron del imperio Diocleciano y Maximiano, fué elegido papa san Marcelo, siendo el xxxi despues de san Pedro, el año de 307.

Apenas se vió elevado á esta suprema dignidad, cuando se aplicó á restablecer la disciplina, que con las turbaciones precedentes se habia al parecer alterado un poco, y se dedicó á reparar las pérdidas que podia haber padecido la Iglesia durante tan larga y tan cruel persecucion.

Diocleciano y Maximiano habian renunciado el imperio en favor de Galerio y de Constancio, padre del gran Constantino. Pero habiendo este muerto en York, y hallándose á la sazón en Roma Majencio, hijo del viejo Maximiano, creyó que podia ser esta ocasion muy oportuna para hacerse emperador; y con efecto tomó el título de tal. Como los cristianos eran ya poderosos en Roma, afectó hacerse cristiano para atraerlos á su partido, y para lisonjear al pueblo romano. Con esto cesó la persecucion, y por algunos meses gozaron de paz los fieles.

Procuró san Marcelo aprovechar este intervalo de tranquilidad para establecer algunas constituciones saludables, y para remediar algunos abusos que se habian introducido.

Instituyó en Roma veinte y cinco títulos ó parroquias para bautizar á los que se convirtiesen á la fe, para recibir á penitencia á los pecadores, y para sepultar con mayor decencia los cuerpos de los santos mártires, en que habia habido mucho descuido, y procuró con el mayor desvelo recoger las santas reliquias.

Ya san Evaristo, sexto sucesor de san Pedro, habia señalado á los presbiteros los barrios ó los cuarteles de la ciudad que habian de estar á su cargo. San Higinio, cincuenta y cinco años despues, habia aumentado el número, y san Marcelo le determinó al número fijo de veinte y cinco parroquias. Administrábanse en ellas los sacramentos, distribuíase á los fieles la palabra de Dios, y se celebraban los divinos misterios. Desde entonces se comenzó á

llamar presbítero cardenal al presbítero principal que tenia á su cargo las parroquias, como que era el quicio sobre el cual se movia el cuidado espiritual de la parroquia; y esto es lo que hoy dia significa el título de estas iglesias que tiene cada cardenal.

El zelo de la disciplina eclesiástica irritó los ánimos, y ocasionó al santo pontífice crecidas mortificaciones. La mayor parte de los que habian flaqueado en la última persecucion, querian ser reconciliados con la Iglesia, casi sin recibir ninguna penitencia. Muchos de los que por su ministerio debian reconciliarlos, les concedian la absolucion con demasiada facilidad, y acusaban el rigor del santo como inoportuno y excesivo. Esta diversidad de pareceres causó inquietud y division; y Majencio, que despues de la victoria conseguida contra Severo, ya no contemplaba á los cristianos, tomó de aqui ocasion para renovar la persecucion contra la Iglesia.

Mandó venir delante de sí á san Marcelo, y quiso obligarle á renunciar la fe, y á sacrificar á los idolos. La resolucion y la constancia del santo pontífice le asombraron. Empleó todos los artificios que pudo para derribarle; dulzura, severidad, promesas, amenazas, suplicios. Siendo todo inútil, hizole despedazar con crueles azotes, y por una especie refinada de crueldad le condenó á servir en las caballerizas públicas, pareciéndole que, para un sumo pontífice de los cristianos, no seria la muerte suplicio tan duro como obligarle á pasar sus dias en un ejercicio tan penoso y tan despreciable.

Pero el santo papa nunca pareció tan grande como cuando se vió hecho mozo de caballos por amor de Jesucristo. Privado de todo socorro humano en un lugar tan indigno, peor alimentado que las mismas bestias de carga que tenia á su cuidado, cubierto de unos asquerosos andrajos, y reducido á dormir sobre

la desnuda tierra, cien veces al día daba gracias al Señor por la merced que le hacia, teniéndose por dichoso en imitar de alguna manera su pasión y sus desprecios.

Los fieles concurrían de todas partes para admirar á su santo pastor, y él los animaba con sus discursos, los cautivaba con su dulzura, y los instruía con sus palabras y con sus ejemplos.

Nueve meses habia vivido san Marcelo en aquel estado tan indigno de su persona, cuando los principales del clero romano hallaron medio de libertarle. Sacáronle una noche, y le condujeron á casa de una santa viuda llamada Lucina, que habiendo sido ejemplo de señoras cristianas en quince años que vivió con su marido, habia diez y nueve que era modelo de todas las virtudes en el estado de viuda.

Recibió Lucina en su casa al santo pontífice con una suma alegría; y como los fieles de todas partes concurríesen secretamente á ella, suplicó á san Marcelo que la consagrara en iglesia. Dióla el santo este gusto, y despues se llamó San Marcelo, y hoy es título de cardenal.

Apenas fué consagrada esta nueva iglesia cuando los cristianos acudían á ella en tropas todos los días. El santo pontífice celebraba los divinos misterios, repartía á los fieles la palabra de Dios, y pasaba las noches en oración y en vigiliás. No duró mucho esta calma, porque se excitó luego una nueva tormenta que todo lo puso en confusión, y causó grandes estragos.

Noticioso Majencio de lo que pasaba, entró en una furiosa cólera contra los cristianos. Dudó por algun breve rato si quitaría la vida á san Marcelo; pero juzgó que sería mas riguroso castigo para los cristianos el convertir esta nueva iglesia en nuevas caballerizas públicas, y el condenar al santo pontífice á que

pasase sus días en la última miseria, cuidando de las bestias mas viles; lo que al instante se puso en ejecución.

La honra de padecer por amor de Jesucristo colmaba á san Marcelo de alegría; pero el dolor de ver profanado aquel sagrado lugar le servía de intolerable suplicio. Mas era menester sufrir este tormento, y todo su consuelo era regar con sus fervorosas lágrimas un lugar que quisiera poder purificar con la efusión de su sangre.

Aunque el santo pastor estaba tan maltratado, no por eso olvidaba sus ovejas. Tiénese por cierto que en este mismo tiempo, y en medio de sus trabajos, escribió dos epístolas, una dirigida á los obispos de la provincia de Antioquia, exhortándolos á conservar con cuidado y con fidelidad el depósito de la fe que habian recibido de san Pedro y de los otros apóstoles, no sufriendo jamás que alguna doctrina extraña se mezclase ni se entremetiese en alterar su pureza. La otra epístola se dirigía al tirano Majencio, á quien representa el daño que hace á su alma en perseguir la religion cristiana, que habia dado muestras de abrazar, y le exhorta á abrir los ojos á la verdad, renunciando al culto de los ídolos.

Poco tiempo despues, consumido de trabajos y de miserias nuestro santo por amor de Jesucristo, acabó su martirio hácia el fin del año de 309. Hallóse su cuerpo cubierto de un cilicio, y retirándole de aquel lugar inmundo, fué enterrado en el cementerio de Príncipe, donde se conservó hasta el tiempo de san Martín, papa, en el que parte de sus reliquias fueron trasladadas á Flandes, y colocadas en el monasterio de Haumont, cerca de Maubeuge; otra parte en Cluni, y las restantes se conservan el día de hoy en Roma en la iglesia de san Marcelo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, sobre la via salaria, san Marcelo, papa y mártir, que por haber confesado la fe católica fué primeramente apaleado por orden del tirano Majencio, y despues enviado bajo buena guarda á limpiar las bestias de carga. Murió en esta penosa funcion, revestido de un cilicio.

En Marruecos, en Africa, el martirio de los santos Berardo, Pedro, Acurso, Adyuto y Oton, religiosos de la órden de san Francisco.

En Arles, san Honorato, obispo y confesor, ilustre durante su vida por su ciencia y sus milagros.

En Oderzo (*pueblo de la Marca Trevisana, en Italia*), san Ticiano, obispo y confesor.

En Rinocolura (*hoy Faramida*), en Egipto, san Mélas, obispo, que murió en paz bajo el emperador Valente, despues de haber sufrido el destierro y otras penas por la fe católica.

En Fondi, en Campania, san Honorato, abad, de quien hace mencion el papa san Gregorio.

En Perona, san Furseo, confesor.

En Roma, santa Priscila, que consagró sus bienes y su persona al servicio de los mártires.

La misa es en honor del santo, y la oracion es la que sigue.

Preces populi tui, quæsumus, Domine, clementer exaudi, ut beati Marcelli, martyris tui atque pontificis, meritis adjuvemur, cujus passione lætamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que os digneis de oír misericordiosamente las oraciones de vuestro pueblo, para que seamos ayudados por los merecimientos del bienaventurado pontífice Marcelo, vuestro mártir, de cuya pasion nos alegramos. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epistola es de la 2ª á los Corintios del apóstol san Pablo, capit. 1.

Frates : Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra : ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earundem passionum, quas et nos patimur : ut spes nostra firma sit pro vobis : scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos : bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero, ya seamos atribulados, es para vuestra exhortacion y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros : para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros, sabiendo que así como habeis sido participantes en las aflicciones, lo sereis tambien de la consolacion en Jesucristo nuestro Señor.

NOTA.

« Hallábase en Macedonia san Pablo, cuando Tito vino á buscarle, y le refirió lo bien que habian recibido los Corintios la carta que les habia escrito, y el grande fruto que habia hecho con ella, asegu-

» rándole que se habia recogido mucha limosna para
 » los cristianos de Judea. Esto le obligó á escribirles
 » esta segunda carta, en la cual, despues de perdo-
 » nar al incestuoso, como ellos se lo habian suplicado,
 » los exhorta á que se guarden de los falsos apóstoles,
 » que procuraban desacreditarle en el espíritu de la
 » gente sencilla y simple, con el fin de destruir la fe
 » de Jesucristo que él los habia predicado. Escribióse
 » esta segunda carta el año 57 de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

El Padre de las misericordias, el Dios de todo consuelo es nuestro padre. ¡Y con todo eso hay hombres miserables entre los cristianos! Esta parece paradoja, y con efecto lo es. Hay miserias, hay trabajos, hay adversidades en la tierra, es verdad; las cruces, las espinas nacen, digámoslo así, debajo de nuestros piés; vivimos en la region de las lágrimas. Pero si el Dios de todo consuelo se obliga á consolarnos en todas las tribulaciones de la vida, ¿quién puede tener lástima de nosotros? ¿ignoraré por ventura el modo de consolarnos? ¿faltarle el poder, ó se podrá recelar que se olvide de su palabra? A los ojos de tal padre, ¿qué cosa nos puede faltar, ni de qué tenemos que temer? ¿Puede un cristiano no vivir consolado en sus trabajos? Las dulzuras espirituales inundan á torrentes las almas de los fieles. Pero es menester ser verdaderamente fieles para gustar estas dulzuras.

Fué infeliz, fué desgraciado el hijo pródigo, es verdad; pero lo fué cuando estaba fuera de la casa de su padre. Perecia de hambre; pero era cuando se hallaba en pais extraño. Vióse reducido á la última miseria; pero fué despues de haberse abandonado á los mayores desórdenes. Vuelve de sus desvarios, y al instante olvida sus miserias. No puede ser miserable el que tiene por padre al Dios de toda consolacion; pero es menester no degenerar, es menester vivir

como hijo de tal padre, es menester que un padre tan bueno nos reconozca por sus hijos.

Cuanta mas parte tuviéremos en la pasion de Jesucristo, dice el apóstol, mas parte tendremos en los consuelos que nos vendrán por el mismo Jesucristo. Muchos quieren seguir al Salvador sin tener parte en sus tormentos; ¿pues qué mucho que no la tengan en sus consuelos? Para tener parte en los dolores de Jesucristo es menester que Jesucristo la tenga en los nuestros, quiero decir, es menester sufrirlos segun el espíritu, y por amor de Jesucristo. Los dichosos del siglo; son objetos de envidia á los que tienen fe? El mismo padecer sin consuelo es grande dulzura cuando se padece por satisfacer á la divina justicia por tanto número de pecados, y por imitar y seguir á Jesucristo que tanto padeció por nosotros. Una alma justa, en su misma confianza y en su mismo amor de Dios, encuentra un fondo de dulzura y consuelo que jamás se agota.

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore : Dixit Jesus discipulis suis : Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam : Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis : et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y lleve su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION ETERNA,

PUNTO PRIMERO.

Considera si tienes algun otro negocio de mayor importancia, si le tienes de tanta consecuencia, ó si puedes tener jamás negocio que interese tanto como el de tu salvacion.

No se trata ahora de perder ó ganar un pleito en que se atravesase toda tu hacienda. Tampoco se trata de ser ó no feliz por toda la vida. A la verdad este seria un punto de grande interés para ti; pero no seria de una consecuencia infinita. Ser en todo desgraciado, padecer trabajos hasta la muerte, en realidad no seria poca desdicha; pero al cabo podria tener algun remedio. Mas ahora se trata de una felicidad ó de una infelicidad eterna. Trátase de poseer á Dios eternamente en la dichosa estancia de los bienaventurados; ó de ser precipitado en los infiernos, condenado sin remedio á las llamas eternas. De esto se trata cuando se habla del gran negocio de la salvacion. Pregunto: ¿es de alguna consecuencia, y merece nuestra aplicacion este importante negocio?

Al fin el hombre muere. ¡Ah! ¿y de qué le servirá en la hora de la muerte haber sido rico, poderoso, feliz, segun la idea de los hombres del mundo? El hombre muere; y con la muerte todo se pierde, todo se deja. La vida mas feliz y mas larga en aquella hora parece un sueño. El hombre muere; y en la muerte, nobleza, dignidades, honores, todo desaparece, todos son títulos vanos. ¿Y qué comenzaré yo á ser despues de la muerte? Si soy santo, esta sola cualidad me indemniza con ventajas de la pérdida de todos los demás bienes. Pero si me condeno, si el in-

fierno va á ser desde aquel punto mi eterna habitacion, ¿quién me consolará en la desgracia de mi triste suerte? ¿quién me indemnizará de tan grande pérdida? ¿de una pérdida que es obra de mis manos, de una pérdida sin remedio y sin consuelo?

¡Y despues de esto se piensa en el negocio de la salvacion tan á sangre fria! ¡Y se deja pasar un dia entero sin pensar en este negocio! ¿Y quizá haremos nosotros mismos estas reflexiones, sin ser por eso mas cuerdos?

¡O Dios, y cómo lloro yo mi error y mi ceguedad! la mayor parte de mis dias se han pasado, y acaso no he dado principio á trabajar en este negocio. ¿Pero qué mereceré si dilato un solo dia el trabajar en él?

PUNTO SEGUNDO.

Considera de qué servirá en el estado presente á los condenados haber tenido grandes rentas, haber disfrutado grandes títulos, y haber poseido estados muy opulentos. ¿Qué equivalente puede tener el haberse perdido para siempre? Yo he perdido el cielo, yo he perdido á Dios; luego todo se ha perdido para mí, y se ha perdido todo sin remedio.

¡Ah! ¡y cuánto ganaron tantos millones de mártires que perdieron la vida por amor de Jesucristo! Un suplicio de algunos momentos, á lo mas de algunos dias; y aun cuando se hubieran pasado muchos años en los mayores tormentos, las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion con la gloria futura. ¿Puede nunca parecer muy costosa, puede comprarse muy cara la felicidad que consiste en la posesion del mismo Dios? ¡Ah Señor, y qué prudentes fueron aquellos santos, aquellas personas penitentes y mortificadas que lo sacrificaron todo para asegurar su salvacion! Grande á lo del mundo, hombre dichoso

á lo del siglo, ¿tus máximas y tu conducta tocante al negocio de tu salvacion te acreditan de prudente?

Papa era san Marcelo, y despues de haber padecido un penoso destierro y muchos tormentos por la fe de Jesucristo, fué condenado á pasar los días de su vida en un establo hediondo. ¿Pero ha soñado alguno en tener lástima de su suerte? Encuentra la gloria del martirio en aquella asquerosa prision. ¡Ah! ¿que el perder la vida por Dios es hallarla con ventajas! ¿Qué poca atencion merece su mas sólido, su verdadero interés á aquellas almas delicadas y mundanas que pasan su vida en los deleites!

El rico avariento es sepultado en el infierno, el mendigo, el leproso Lázaro pasa desde el hospital á la gloria. Que uno sea pobre, desconocido, despreciado, si se salvó, hizo su fortuna. La salvacion lo suple todo, y sin la salvacion la mas alta fortuna es nada.

¡Divino Salvador mio, mucho te he costado yo para que me dejes perder! Confieso con un vivo dolor que lo tengo bien merecido, y que mi pérdida será acaso inevitable si desde este mismo punto no trabajo en el negocio de mi salvacion mejor que lo que he trabajado hasta aqui. Pero esto es hecho, Señor; tomado está mi partido. Desde este momento será mi salvacion el objeto de todos mis cuidados, de todos mis deseos, de toda mi aplicacion. Este es mi único negocio: no quiero aplicarme á otro de hoy en adelante; porque, hablando propiamente, tampoco tengo otro negocio que mas me importe; y asi este solo ha de llevar todes mis desvelos. *Porro unum est necessarium.*

JACULATORIAS.

Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.

¿De qué me aprovechará ganar todo el mundo, si yo me pierdo?

Quam dabit homo commutationem pro anima sua?

Matth. 16.

¿Qué equivalente puede haber que valga la salvacion de mi alma?

PROPOSITOS.

1. Renueva cada dia al levantarte de la cama esta jaculatoria, y cuando vas á emplearte en lo que corresponde á tu ministerio, cuando comienzas alguna accion, cuando das principio á alguna obra, repite muchas veces: *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿De qué me servirá todo esto si no trabajo para mi salvacion? Este es un ejercicio utilísimo y muy conveniente á todo género de personas.

2. Imponte una ley inviolable de practicar cada mes un dia de retiro. No es mas que un solo dia; ¿y quién podrá racionalmente negarse á dedicar un dia cada mes al importante negocio de la salvacion, cuando él solo está pidiendo de justicia que se dedique á él toda la vida? ¿Hállase tanto lugar para los negocios temporales, para las diversiones, para los amigos; y solo ha de faltar tiempo para trabajar en la salvacion del alma? Casi toda la vida se pasa en ajustar cuentas, en examinar libros, en adelantar caudales, en percibir intereses. ¿Pues será mucho emplear un dia cada mes en repasar las cuentas que debemos dar á Dios, en examinar el estado de nuestra conciencia, el uso de los talentos que hemos recibido, y en discurrir arbitrios para reparar las pérdidas espirituales que se han hecho? Puédesse decir sin temeridad que de este importante ejercicio pende la perseverancia y la salvacion de muchos.